

## ENCICLICA "QUANTA CURA" (\*)

(8-XII-1864)

## CONDENACION DE LOS ERRORES MODERNOS

## PIO PP. IX

*Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica*

160

**1. Tradición de la Iglesia frente al error**<sup>(1)</sup>. Todos saben, todos ven y vosotros como nadie, Venerables Hermanos, sabéis y veis con cuánta solicitud, y pastoral vigilancia los Pontífices Romanos, Nuestros predecesores, han llenado el ministerio y han cumplido con el deber, que les fue confiado por el mismo Jesucristo, en la persona del bienaventurado PEDRO, príncipe de los Apóstoles, de apacentar a los corderos y a las ovejas; de tal suerte, que nunca han cesado de alimentar cuidadosamente con las palabras de la fe, de imbuir en la doctrina de salvación a todo el rebaño del Señor, apartándole de los pastos envenenados. Y en efecto, Nuestros mismos predecesores, guardadores y vindicadores de la augusta religión católica, de la verdad y de la justicia, llenos de solicitud por la salvación de las almas, nada han apetecido nunca tanto, como el descubrir, y condenar con su sapientísimas Letras y Constituciones todas las herejías y todos los errores que, contrarios a Nuestra fe divina, a la doctrina de la Iglesia católica, a la honestidad de las costumbres y a la salvación eterna de las almas, excitaron frecuentemente violentas tempestades, cubriendo lamentablemente de luto la república cristiana y civil.

161

Por esto, los mismos predecesores Nuestros, con vigor apostólico, se opusieron constantemente a las pérfidas maquinaciones de los malvados que, semejantes a las olas del mar enfurecido, arrojan las espumas de sus confusiones; y prometiendo la libertad, bien que ellos sean esclavos de la co-

rrupción, se han esforzado, por medio de máximas falsas y por medio de perniciosísimos escritos, por arrancar los fundamentos de la Religión católica y de la sociedad civil; tratando de hacer desaparecer toda virtud y justicia, de depravar todos los corazones y entendimientos, de apartar de las rectas normas morales a los incautos, especialmente a la inexperta juventud corrompiéndola miserablemente, con el fin de llevarla a las redes del error, y de arrancarla del seno de la Iglesia Católica.

**2. El Papa sigue el ejemplo de sus predecesores. - La Iglesia vigila.** Como vosotros ya lo sabéis, muy bien, Venerables Hermanos, tan pronto como, por secreta disposición de la Providencia y sin mérito alguno por Nuestra parte, fuimos elevados a esta Cátedra de Pedro, al ver, con el corazón desgarrado por el dolor, la horrible tempestad desatada por tantas doctrinas perversas, así como los males gravísimos, y nunca bastante llorados, atraídos sobre el pueblo católico por tantos errores; en cumplimiento de Nuestro ministerio apostólico, e imitando los ilustres ejemplos de nuestros predecesores, Nos levantamos la voz; y en varias Epístolas Encíclicas, Alocuciones pronunciadas en Consistorios y otras Letras apostólicas, Nos hemos condenado los principales errores de Nuestra tan triste época. Al mismo tiempo, Nos hemos excitado vuestra admirable vigilancia pastoral; Nos hemos exhortado y advertido a todos los hijos de la Iglesia católica, Nuestros hijos bien amados,

(\*) Acta S. S., vol. 3 (1867) 160-167. Trad. de Lib. Catól. Pons y Cia., Barcelona, 1868 (ajustándola en ciertos pasajes al texto del original). El texto latino se reprodujo en: Cod. Iur. Can. Fontes II, 993-999. Véase la "Introducción" pág. 85-86. — Las cifras marginales indican las páginas de ASS vol. 3. (P. H.).

(1) Sobre el tema de esta Encíclica habló Gregorio XVI en *Mirari vos* (1832); en esta Colecc.: Encicl. 3, pág. 37-44; Pío IX en *Qui pluribus* (1846), en esta Colecc.: Encicl. 11, pág. 87-95, y

más tarde Pío X en *Pascendi* (1907), en esta Colecc.: Encicl. 104, pág. 781-813, como también Pío XI en *Mit brennender Sorge* (1937), en esta Colección: Encicl. 168, pág. 1466-1481.

que abominen y eviten el contagio de esta lepra terrible. En particular en Nuestra primera Encíclica de 9 de noviembre de 1846, dirigida a vosotros<sup>(2a)</sup>, y en dos *Alocuciones*<sup>(2b)</sup>, la primera de 9 de diciembre de 1854, la segunda de 9 de junio de 1862, pronunciadas en Consistorio, Nos hemos condenado los monstruosos errores que dominan, hoy sobre todo, con gravísimo detrimento de las almas, y daño de la misma sociedad civil, y que, fuentes de casi todas las demás, no sólo se oponen a la Iglesia Católica, a sus saludables doctrinas y derechos sagrados, sino también a la eterna ley natural, grabada por Dios mismo en todos los corazones, y de la recta razón.

162 **3. Los nuevos errores requieren nuevo celo.** Sin embargo, bien que Nos no hayamos descuidado el proscribir y reprobar frecuentemente los principales errores de este jaez, la causa de la Iglesia Católica, la salvación de las almas divinamente confiadas a Nuestro cuidado, el bien mismo de la sociedad humana, demandan imperiosamente, que Nos excitemos de nuevo vuestra solicitud pastoral, para que condenéis todas las opiniones, que hayan salido de los mismos errores como de su fuente natural. Estas opiniones falsas y perversas deben ser tanto más detestadas, cuanto que su objeto principal es impedir la acción y separar esta fuerza saludable que la Iglesia Católica, en virtud de la institución y del mandamiento de su divino Fundador, debe ejercer hasta la consumación de los siglos, no menos respecto de los particulares, que respecto de las naciones, de los pueblos y de los soberanos, y cuanto tienda a destruir la unión y la concordia mutua del sacerdocio y del imperio, siempre tan beneficiosa para la Iglesia y para el Estado<sup>(3)</sup>.

**4. El naturalismo.** En efecto: os es perfectamente conocido, Venerables

Hermanos, que hoy no faltan hombres que, aplicando a la sociedad civil el impío y absurdo principio del *naturalismo*, como le llaman, se atreven a enseñar, que *el mejor orden de la sociedad pública y el progreso civil demandan imperiosamente, que la sociedad humana se constituya y se gobierne, sin que tenga en cuenta la Religión como si no existiese; o por lo menos, sin hacer ninguna diferencia entre la verdadera Religión y las falsas*. Además, contradiciendo la doctrina de la Escritura, de la Iglesia y de los Santos Padres, no dejan de afirmar, que *el mejor gobierno es aquel, en el que no se reconoce al poder la obligación de reprimir por la sanción de las penas a los violadores de la Religión católica, a no ser que la tranquilidad pública lo exija; y como consecuencia de esta idea absolutamente falsa del gobierno social, no temen favorecer esa opinión errónea, la más fatal a la Iglesia Católica y a la salvación de las almas, y que Nuestro predecesor de feliz memoria, GREGORIO XVI, llamaba delirio*<sup>(4)</sup>, a saber: *Que la libertad de conciencia y de cultos es un derecho libre de cada hombre, que debe ser proclamado y garantido en toda sociedad bien constituida, y que los ciudadanos tengan libertad omnímota de manifestar alta y públicamente sus opiniones, cualesquiera sean, de palabra, por escrito u de otro modo, sin que la autoridad eclesiástica o civil puedan limitar libertad tan funesta*.

**5. Esta libertad es de perdición.** Ahora bien: al sostener estas afirmaciones temerarias, no piensan, ni consideran, que proclaman la *libertad de la perdición*<sup>(5)</sup>; y que si se permite siempre la plena manifestación de las opiniones humanas, nunca faltarán hombres, que se atreven a resistir a la verdad, y a poner su confianza en la verbosidad de la sabiduría humana; vanidad en extre-

163

(2a) Pío IX Encicl. *Qui pluribus*, 9-XI-1846, en esta Colección: Encicl. 11, pág. 87-95.

(2b) Pío IX Alocución *Singulari quadam perfusi* 9-XII-1854; Alocución *Maxima quidem lætitia* 9-VI-1862.

(3) Gregorio XVI, Encicl. *Mirari vos*, 15-VIII-1832, en esta Colección: Encicl. 3, pág. 37-44.

(4) Gregorio XVI Encicl. *Mirari vos*, 15-VIII-1832, en esta Colección: Encicl. 3, pág. 37-44.

(5) S. Agustín, Epist. 105 (alias 166) (Migne PL. 33 [Epist. 105 n. 9] col. 399).

mo perjudicial, y que la fe y la sabiduría cristiana deben evitar cuidadosamente, con arreglo a la enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo<sup>(6)</sup>.

Y como allí donde la Religión se halle desterrada de la sociedad civil, y se rechaza la doctrina y la autoridad de la revelación divina, la verdadera noción de la justicia y del derecho humano se oscurece y se pierde, y la fuerza material ocupa el puesto de la justicia y del legítimo derecho, se ve claramente, por qué causa ciertos hombres, sin tener para nada en cuenta los principios más seguros de la sana razón, se atreven a proclamar, que *la voluntad del pueblo, manifestada por lo que ellos llaman la opinión pública, o de otro modo cualquiera, constituye la ley suprema, independiente de todo derecho divino y humano, y que en el orden político los hechos consumados, por sólo haberse consumado, tienen el valor del derecho.*

Mas ¿quién no ve, quién no siente perfectamente, que una sociedad sustraída a las leyes de la Religión y de la verdadera justicia, no puede tener otro fin, que el de resumir y acumular riquezas; ni otra ley, en todos sus actos, que el indomable deseo de satisfacer sus pasiones, y de buscarse sus conveniencias? He aquí, por qué esos hombres persiguen con odio cruel a las Ordenes religiosas, sin tener en cuenta los inmensos servicios hechos por ellas a la Religión, y a la sociedad humana y a las letras; he aquí, por qué desvarían con ellas, diciendo, que no tienen ninguna razón legítima para existir, aplaudiendo así las calumnias de los herejes. En efecto: como lo enseñaba con tanta verdad Pío VI, Nuestro predecesor de feliz memoria: *La abolición de las Ordenes religiosas hiere al estado, que hace profesión pública de seguir los consejos evangélicos; ofende a una manera de vivir recomendada por la Iglesia, como conforme a la doctrina de los Apóstoles; ofende, en*

*fin, a sus mismos ilustres fundadores, a quienes veneramos en los altares, quienes las establecieron sólo por inspiración de Dios*<sup>(7)</sup>.

Aún van más lejos esos hombres; y en su impiedad afirman, que debe quitarse a los ciudadanos y a la Iglesia la facultad *de dar limosnas públicas a impulsos de la caridad cristiana; y abolir también la ley, que en ciertos días feriados, prohíbe las obras serviles*, para cumplir con el culto divino; y todo bajo el pretexto falacísimo, que esa facultad y esa ley se hallan en oposición con los principios de la mejor economía política. 164

**6. El comunismo y el socialismo.** No contentos con desterrar a la Religión de la pública sociedad, quieren excluir la aun de la familia. Enseñando y profesando el funestísimo error del comunismo y del socialismo, afirman, que *la sociedad doméstica, o la familia, reciben toda su razón de ser del derecho puramente civil; y que, en consecuencia, de la ley civil parten y dependen todos los derechos de los padres sobre los hijos, aun el derecho de instruirlos y educarlos.* Para esos hombres falacísimos, el objeto principal de esas máximas impías y maquinaciones, es eliminar la saludable doctrina y la instrucción y educación de la juventud, a fin de manchar y depravar con los errores más perniciosos, y toda manera de vicios, el alma tierna y dúctil de los jóvenes.

En efecto: todos los que han emprendido la obra de conculcar el orden religioso y el orden público y abolir todas las leyes divinas y humanas, han dirigido siempre la conspiración de todos sus nefandos consejos, de su actividad y sus esfuerzos, para engañar y pervertir sobre todo a la inexperta juventud, como Nos lo hemos insinuado más arriba, porque en la corrupción de ésta ponen toda su esperanza. Y por eso, el clero regular y secular, a pesar de los más ilustres testimonios dados por la

(6) S. León M. Epist. 164 (alias 133) § 2 edit. Ball. (Migne PL. 54 [Epist. 164, cap. II] col. 1149-B); ver León XIII, Encicl. *Libertas*, 20-VI-

1888, en esta Colecc.: Encicl. 51, pág. 357-372.

(7) Pío VI, Epist. al Cardenal De la Rochefoucault, 10-III-1791.

historia de sus inmensos servicios en el orden religioso, civil y literario, es por su parte objeto de las más atroces persecuciones; y dicen, que *siendo el clero enemigo del saber, de la civilización y del progreso, es preciso quitarle la instrucción y la educación de la juventud.*

7. **La Iglesia y el poder civil.** Otros hay que, renovando los errores funestos y tantas veces condenados de los innovadores, han tenido la insigne imprudencia de decir, que la suprema autoridad dada a la Iglesia, y a esta Sede Apostólica por Nuestro Señor Jesucristo, se halla sometida a la autoridad civil; y de negar todos los derechos de esa misma Iglesia, y de esa misma Sede, respecto al orden exterior. En efecto; no se avergüenzan de afirmar, que *las leyes de la Iglesia no obligan en conciencia, a menos que sean promulgadas por la autoridad civil; que los actos y decretos de los Pontífices romanos, relativos a la Religión y a la Iglesia, necesitan de la sanción y de la aprobación, o por lo menos, del asentimiento del poder civil; que las Constituciones Apostólicas* <sup>165</sup> *(<sup>8</sup>), en las que se condenan las sociedades secretas, sea que exija o no en ellas el juramento de guardar el secreto, y en las que se anatemiza a los fautores o adeptos de ellas, no tienen ninguna fuerza en los países, en que el gobierno civil tolera semejantes asociaciones; que la excomunión fulminada por el concilio de Trento y por los Pontífices romanos, contra los invasores y los usurpadores de los derechos y propiedades de la Iglesia, descansa sobre una confusión del orden espiritual con el orden civil y político, y no tiene otro objeto que los intereses mundanos; que la Iglesia no debe decretar nada, que pueda ligar la conciencia de los fieles, relativamente al uso de los bienes temporales; que la Iglesia no tiene el derecho de reprimir, por medio de penas temporales, a*

*los que violan sus leyes; que es conforme a los principios de la sagrada Teología y del derecho público, el atribuir y vindicar al gobierno civil la propiedad de los bienes poseídos por la Iglesia, por las congregaciones religiosas y por toda clase de obras pías.*

No se avergüenzan de profesar alta y públicamente el axioma y el principio de los herejes, fuente de mil errores y de máximas funestas. Repiten, en efecto, que *el poder eclesiástico no es por derecho divino distinto e independiente del poder civil; y que esta distinción y esta independencia no pueden conservarse, sin que la Iglesia invada y usurpe los derechos esenciales de este poder.*

No podemos tampoco pasar en silencio, la audacia de aquellos que, no pudiendo sufrir la sana doctrina, aseguran: que *en cuanto a los juicios de la Sede Apostólica y a sus decretos, que tengan por objeto el bien general de la Iglesia, sus derechos y la disciplina, con tal, que no toquen a los dogmas de la fe y de las costumbres, todo el mundo puede negarles su conformidad, y dejar de someterse a ellos sin pecado, y sin ningún detrimento de la profesión del Catolicismo.* Hasta qué punto es contraria tal pretensión al dogma católico, de la plena autoridad divinamente dada por Nuestro Señor Jesucristo al Pontífice Romano, de apacentar, de regir y de gobernar la Iglesia universal, nadie hay, que no lo vea claramente y no lo comprenda.

**Condenación de los errores.** Así, pues, en medio de esta perversidad de opiniones depravadas, Nos penetrados del deber de Nuestro ministerio apostólico, y llenos de solicitud por Nuestra santa Religión, por la sana doctrina, por la salvación de las almas, cuya guarda se nos ha confiado de lo Alto, y por el mismo bien de la sociedad humana. Nos hemos creído deber Nuestro <sup>166</sup> *levantar de nuevo Nuestra voz apostó-*

(8) Clemente XII, Carta Apost. In eminenti, 28-IV-1738 (Cod. Iur. Can. Fontes, Gasparri 1926, I, 656); Benedicto XIV, Const. Providas Romano-

rum, 18-V-1751 (Fontes II, 315); Pío VII, Const. Ecclesiam, 13-IX-1821 (Fontes II, 721); León XII, Const. Quo graviora, 13-III-1825 (Fontes II, 727).

lica. En consecuencia, todas y cada una de las diversas opiniones y doctrinas, que van señaladas detalladamente en las presentes Letras, Nos las reprobamos por Nuestra autoridad apostólica, las proscribimos, las condenamos; y queremos y mandamos, que todos los hijos de la Iglesia Católica las tengan por reprobadas, proscribas y condenadas.

Además de estos, sabéis muy bien, Venerables Hermanos, que hoy, los que aborrecen toda verdad y toda justicia, y los enemigos encarnizados de Nuestra santa Religión, por medio de libros envenenados, de folletos y de periódicos esparcidos por los cuatro extremos del mundo, engañan a los pueblos, mienten a sabiendas, y diseminan toda suerte de impías doctrinas. Ni ignoráis tampoco, que en Nuestra época hay hombres que, empujados y excitados por el espíritu de Satanás, han llegado hasta tal grado de impiedad, que reniegan a Jesucristo Nuestro único Soberano y Señor, sin que tiemblen al atacar su divinidad con la más criminal impudencia. En este punto, no podemos dejar de tributaros, Venerables Hermanos, las mayores alabanzas que tenéis bien merecidas por el celo, con el cual habéis levantado vuestra voz episcopal contra impiedad tan grande.

**8. Exhortación a los Obispos a combatir el mal.** Por esto, con Nuestras Letras nos dirigimos nuevamente con intenso amor a vosotros; a vosotros, que, llamados a compartir Nuestra solicitud, sois para Nos, en medio de estos grandes dolores, un motivo de alivio, de alegría y consuelo por vuestra religión, por vuestra piedad, y por ese amor, esa fe y esa abnegación admirables, con las cuales os esforzáis, por cumplir varonil y cuidadosamente el cargo gravísimo de vuestro ministerio episcopal, en unión íntima y cordialísima con Nos y con esta Sede apostó-

lica. En efecto: Nos esperamos de vuestro insigne celo pastoral, que, tomando la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, y fortificados en la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, queráis cada día con redoblado esfuerzo insistir en que los fieles, confiados a vuestra solicitud, *se abstengan de las malas yerbas, que Jesucristo no cultiva, porque no han sido plantadas por su Padre*<sup>(9)</sup>. No ceséis, pues, nunca, de inculcar a los mismos fieles, que toda verdadera felicidad brota para los hombres de Nuestra augusta Religión, de su doctrina y de su práctica; y que aquel pueblo es feliz, que tiene *al Señor por Dios*<sup>(10)</sup>. Enseñad *que los reinos descansan sobre el fundamento de la fe*<sup>(11)</sup>; *y que nada hay tan mortífero, 167 y que más nos exponga a la caída y a todos los peligros, que el afirmar, que nos basta el libre albedrío, que hemos recibido al nacer y no pidamos otra cosa a Dios; o sea olvidado de Nuestro Autor, para mostrarnos libres reneguemos de su poder*<sup>(12)</sup>.

No descuidéis tampoco de enseñar, *que el poder soberano no se ha conferido únicamente para el gobierno de este mundo, sino sobre todo para la protección de la Iglesia*<sup>(13)</sup> y que nada puede ser más ventajoso y más glorioso para los jefes de los Estados y para los reyes, que, conforme Nuestro sapientísimo y valerosísimo predecesor SAN FÉLIX escribía al emperador ZENÓN, *dejen a la Iglesia católica gobernarse por sus propias leyes, sin permitir, que nadie ponga obstáculos a su libertad... Es seguro, en efecto, que está en su interés, cuantas veces se trate de los asuntos de Dios, en seguir con celo el orden que El ha prescrito; subordinando, y no prefiriendo, la voluntad soberana, a la de los sacerdotes de Jesucristo...*<sup>(14)</sup>.

**9. No se debe descuidar el recurso de la oración especialmente al Divino**

(9) S. Ignacio M., Ep. ad Philadelph. 3 (Migne PG. 5, col. 699-A).

(10) Salmo 143, 15 (Vulg.).

(11) S. Celestino I, Epist. 22 al Concilio de Efezo en Coustant. p. 1200 (ver también Mansi Coll. Conc. 4, col. 1291-B).

(12) S. Ignacio I, Ep. 29 a los Obispos del Concilio de Cartago en Coustant., p. 891 (Migne PL. 20 [Epist. 29, n. 4] col. 585-B).

(13) S. León M., Epist. 156 (alias 125) (Migne PL. 54 [Epist. 156, cap. III] col. 1130-A).

(14) Pío VII, Encicl. *Diu satís*, 15-V-1800 (ver Bull. Rom. Contin., tomo 11, pág. 21-25).

**Corazón y a María Santísima.** Pero si Nosotros debemos siempre, Venerables Hermanos, dirigirnos con confianza al trono de la gracia, para obtener de él misericordia y auxilio en tiempo oportuno, debemos hacerlo particularmente en medio de tan grandes calamidades de la Iglesia y de la sociedad civil; en presencia de tan vasta conspiración de los enemigos, y de tan grande aglomeración de errores contra la sociedad católica, y contra esta Santa Sede Apostólica. Nos hemos juzgado, pues, útil excitar la piedad de todos los fieles, a fin de que, uniéndose a Nos, y a vosotros, no dejen de rogar y de suplicar, con las oraciones más fervorosas y más humildes, al Padre clementísimo de las luces y de las misericordias; a fin también, de que recurran siempre, en la plenitud de su fe, a Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha rescatado para Dios con su sangre; pidiendo con instancia y sin desfallecimiento a su dulcísimo Corazón, víctima de su ardiente caridad hacia nosotros, atraiga todo a El con los lazos de su amor, a fin de que, todos los hombres, inflamados por su amor santísimo, marchen dignamente según su Corazón, agradables a Dios en todas las cosas, y dando frutos en todo género de buenas obras.

Ahora bien, siendo incontestable, que las oraciones de los hombres son más agradables a Dios, cuando se dirigen a El por corazones puros de toda mancha, Nos hemos resuelto abrir a los fieles cristianos, con liberalidad apostólica, los tesoros celestiales de la Iglesia, confiados a Nuestra dispensación; a fin de que, excitados con mayor viveza a la verdadera piedad, y purificados de sus pecados, por el sacramento de la Penitencia, presenten con mayor confianza sus oraciones ante Dios, y obtengan su gracia y su misericordia.\*

**10. Jubileo para 1865.** En consecuencia, Nos concedemos, por el tenor de las presentes Letras, en virtud de

Nuestra autoridad apostólica, a todos y cada uno de los fieles de uno y otro sexo del universo católico, una indulgencia plenaria en forma de jubileo, que se gane en el espacio de un mes, durante todo el año próximo de 1865, y no después de esa fecha; que designado por vosotros, Venerables Hermanos, y por lo demás Ordinarios legítimos, en la misma forma y manera en que lo concedimos al principio de Nuestro pontificado por Nuestras Letras apostólicas, en forma de Breve, del 20 de noviembre de 1846, enviadas a todos los obispos del universo, y que empezaban con estas palabras: *Arcano Divinae Providentiae consilio*<sup>(15)</sup> y con los mismos poderes concedidos por Nos en aquellas Letras. Nos queremos, sin embargo, que todos las prescripciones contenidas en las mencionadas Letras sean observadas, y que no se derogue ninguna de las excepciones que Nos hicimos. Nos concedemos esto, no obstante cualquier otra disposición contraria, aun la que fuera digna de mención especial e individual y de derogación. Y para evitar toda duda y toda dificultad, hemos ordenado, que se os remita un ejemplar de estas Letras.

*Oremos, Venerables Hermanos; oremos desde el fondo del corazón y con todas las fuerzas de Nuestro espíritu a la misericordia de Dios, porque El mismo ha dicho: No retiraré de ellos mi misericordia*<sup>(16)</sup>. *Pidamos, y recibiremos; y si el efecto de Nuestras demandas se hace esperar, porque hemos pecado gravemente, llamemos, porque al que llame se abrirá*<sup>(17)</sup>, *con tal que quienes llamen a las puertas sean las oraciones, los gemidos y las lágrimas, en las cuales debemos insistir y perseverar, y con tal que la oración sea unánime... que todos oren a Dios, no solamente por sí mismos, sino por todos sus hermanos, como el Señor nos ha enseñado a orar*<sup>(17)</sup>. Y a fin de que Dios atienda más fácilmente a Nuestras oraciones y votos, a los vuestros y a los de todos

(\*) La concesión de jubileo del año 1865 y el texto que aquí sigue no se volvió a reproducir en ASS, 3, 107 del año 1867. (P. H.).

(15) Pío IX, *Arcano Divinae Providentiae Consilio*, 20-XI-1846 (ver Acta Pii IX, vol I, pág. 25-31).

(16) Génes. 24, 27; II Sam. 7, 15; Salmo 83, 31.

(17) Mat. 7, 7-8; Mat. 18, 19; Luc. 11, 9.

(18) S. Cipriano, Epist. 11 (Migne PL. 4 [Epist. 7, nrs. II y III] col. 247 C y D).

los fieles, tomemos con toda confianza por abogada delante de El, a la Inmaculada y santísima Madre de Dios, la Virgen MARÍA, que ha destruido todas las herejías en el mundo entero; y que, Madre amantísima de nosotros todos, *es suavísima... y llena de misericordia... y se muestra propicia con todos, con todos clementísima, y con inmenso afecto socorre las necesidades de todos*<sup>(18)</sup>. En su calidad de Reina, que está a la diestra de su unigénito Hijo Nuestro Señor Jesucristo, con vestido bordado de oro, y engalanada con variados adornos, nada hay que de El no pueda alcanzar. Pidamos también los sufragios del bienaventurado PEDRO, príncipe de los Apóstoles, y de PABLO, su compañero de apostolado, y de todos los santos, que hechos ya amigos de Dios, han llegado al reino celestial,

y coronados, poseen la palma; y que, seguros de la inmortalidad, están llenos de solicitud por Nuestra salvación.

**11. Bendición Apostólica.** En fin, pidiendo a Dios del fondo de Nuestra alma la abundancia de los dones celestiales, Nos os damos del fondo del corazón y con amor como prenda de Nuestro especial afecto, Nuestra Bendición Apostólica, a vosotros, Venerables Hermanos y a todos los fieles, clérigos o seglares confiados a vuestra solicitud.

Dado en San Pedro de Roma, el 8 de diciembre del año 1864, décimo año de la Definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María Madre de Dios, y año 19 de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA IX.

---

(19) S. Bernardo, Sermo de duodecim. praerogativis B. M. V. ex verbis Apocalypseos (Migne PL. 183, col. 430-D).